

El dueño del sol y el motivo de su caminar despacio
Carmela Bentivenga de Napolitano

Hubo un tiempo “al principio”, en que el sol no alumbraba; pues un hombre dueño de él, lo tenía escondido en una bolsa, y ese hombre vivía en las nubes, hacia el oriente.

Supo un indio que ese hombre tenía el sol escondido y le envió a su hija para decirle que lo sacara y lo pusiera en el cielo a fin de que alumbrase a todos los hombres.

Cuando la india iba por el camino, le salió al encuentro un joven que la detuvo mucho tiempo y hasta llegó a faltarle el respeto, pero ella siguió su camino y llegó hasta donde estaba el dueño del sol y le dio el encargo de su padre. Él, sin embargo, no dio crédito a las palabras de la india, y después de haberle faltado a la consideración debida, la despidió, regresando ella a la casa de su padre sin haber conseguido nada.

Cuando contó a su padre los percances del camino, no sólo no desistió de su empeño, sino que mandó a su hija menor con el mismo encargo. Fue la muchacha hacia el oriente y aunque nadie salió a molestarla en el camino, cuando llegó a la casa del dueño del sol, fue molestada por él, lo mismo que su hermana.

En vista de que nada conseguía, antes de regresar, le dijo resuelta:

¿Por fin no vas a descubrir el sol...?

Al tiempo que esto decía, vio una envoltura o bolsa rara colgada en la pared de la casa...Al notar el dueño del sol que la india miraba con mucha atención, le dijo con mucho interés: –No toques eso.

En el modo de hablar de aquel hombre, entendió la india que allí tenía el sol escondido y sin hacer caso, con mucha rapidez rasgó de un tirón aquella gran bolsa y empezaron a extenderse por todas partes los rayos del sol.

Cuando el hombre vio que la muchacha había descubierto su secreto, puso el sol hacia el oriente y mandó a colgar la bolsa hacia el poniente. Con la luz que le daba el sol, brillaba ella también y quedó convertida en luna.

La india regresó a casa de su padre y le contó cómo había logrado descubrir el sol.

Ambos lo estaban contemplando y a las tres horas se escondió.

Viendo el indio que apenas había alumbrado el sol por espacio de tres horas, llamó a su hija y le dijo: Vete otra vez al oriente y esperas allí al sol. Cuando vaya a salir mañana, le amarras por detrás un morrocoy para que vaya más despacio.

Salió la india de su casa, llevando un morrocoy en la mano. Cuando a la mañana siguiente iba a salir el sol, se lo amarró por detrás y no tuvo otro remedio que caminar más despacio, tardando aquel día en hacer su recorrido como unas doce horas.

Desde entonces, el día dura doce horas y desde esa fecha hay Sol y Luna.

1. ¿Cuál era el problema inicial?
2. Al enterarse el indio del problema, ¿qué le mandó a decir al dueño del sol con su hija?
3. ¿Cómo trató el dueño del sol a la india?
4. Al regreso, ¿qué le contó la india a su padre y qué hizo éste?
5. ¿Qué le sucede a la india menor cuando fue a cumplir el encargo del padre?
6. ¿Qué le preguntó la india al dueño del sol?
7. ¿Qué vio la india en la pared?
8. ¿Qué hizo ella rápidamente?
9. ¿Qué hizo el hombre cuando vio que ella había descubierto el secreto?
10. ¿Qué hizo la india menor al regresar a su casa?
11. ¿Qué contemplaban la india y su padre?
12. ¿Qué hizo ella la mañana siguiente con el sol?
13. ¿Qué sucede desde entonces?
14. ¿Qué papel cumple el morrocoy en la historia?

15. ¿Qué intentan explicarse los waraos con el mito “El dueño del sol y el motivo de su caminar despacio”?
16. ¿Por qué crees que los warao incluyen el morrocoy en el mito?
17. ¿Cómo se explican los warao el origen del día?

El Hombre, el Tigre y la Luna CUENTO DE TRADICIÓN ORAL
Rafael Rivero Oramas

El hombre fue al río a buscar agua en una calabaza. Cuando regresó a casa, se encontró con el tigre que había penetrado y estaba allí dentro, sentado en el suelo.

El hombre, pensando defenderse, dio un salto hacia el sitio en que guardaba sus armas para coger las flechas.

El tigre se puso a reír y dijo:

-No soy tonto, Pemón. Sé que debes tu poder a las armas que posees; por eso te las he destruido.

El hombre vio entonces que el tigre estaba sentado sobre los restos de sus echas y sus hachas destruidas.

-He venido -siguió diciendo el tigre- a demostrarte que soy más poderoso que tú.

El animal se puso en pie y salió afuera, conduciendo al hombre hasta un matorral cercano. Allí se escondieron.

Al cabo de un rato, escucharon aletazos y vieron un paují que vino volando y se posó en lo alto de un árbol. El tigre se trepó al árbol silenciosamente; cogió al paují por el pescuezo y regresó junto al hombre.

-¿Eres capaz de hacer eso? -le preguntó.

-Sin echas, o sin cerbatanas, no puedo hacerlo -contestó el hombre.

Siguieron escondidos. Al poco tiempo, vieron moverse el monte y escucharon ruidos de pisadas. Una danta apareció, caminando en línea recta hacia ellos.

El tigre dio un gran salto y cayó sobre la danta. De un solo zarpazo, la dejó muerta y luego la arrastró hasta el matorral.

-¿Puedes matar una danta de la manera como yo he matado ésta? -preguntó al hombre.

-No -dijo éste-; sin armas no puedo hacerlo.

Entonces fueron a la orilla del río.

El tigre comenzó a golpetear sobre el agua con su lengua rosada.

Atraídos, los peces, se acercaron. Cuando fue tiempo, de un solo manotazo, el tigre sacó fuera uno de ellos, enganchado en sus uñas.

-Sin los aparejos necesarios, eso tampoco lo puedo hacer – murmuró el hombre.

El tigre se quedó mirándolo, y luego dijo:

-Ahora te toca a ti, Pemón, ejecutar también tres hazañas. Si yo no puedo imitarte, quedaremos amigos; pero si las llevo a cabo, entonces te devoraré.

La luna estaba en el cielo rodeada de nubes; el hombre la miró y dijo después al tigre:

-Aguárdame aquí, Kaikusé; ya vuelvo.

El tigre, desconfiado, gruñó:

-No pretendas huir; porque si lo haces, te buscaré, y cuando te haya encontrado, te daré muerte.

-No tengas cuidado -dijo el hombre y se fue.

Se metió entre la selva, y cuando estuvo fuera del alcance de la vista de la era, dio un rodeo y regresó a su casa por la parte posterior. Entró y buscó una torta de casabe. Luego miró al cielo, y cuando vio que la luna se escondía detrás de una nube, volvió donde estaba Kaikusé, a quien mostró la torta de casabe, preguntándole:

-¿Sabes qué es esto, amigo Kaikusé?

-No sé -contestó el tigre.

Pemón dijo:

-Mira al cielo. ¿No ves que la luna ha desaparecido?

La fiera miró al cielo y seguidamente a la torta de casabe.

-¡Ah! ¡Has cogido la luna! -exclamó.

-Sí -dijo el hombre, y empezó a comer casabe.

El tigre, mirando el gusto con que Pemón comía, dijo:

-Debe ser sabroso comer luna.

El hombre le dio lo que quedaba de la torta de casabe al animal, diciéndole:

-Sí, es bueno; come.

En un momento, el tigre devoró todo el casabe y se quedó relamiéndose.

-Es lástima que se haya acabado –murmuró.

-No importa -dijo Pemón-. Ahora saldrá otra luna.

-¿Y podré cogerla yo?

-Naturalmente; de la misma manera que yo cogí la mía. -¿Y cómo hiciste para darle alcance?

-Muy sencillo -explicó el hombre-. Me subí al copo de un árbol y de un salto me llegué hasta ella.

La luna salió de las nubes en que se había ocultado y comenzó de nuevo a correr por el cielo.

Apenas la vio el tigre, fue rápido, y se subió al árbol más alto.

Allí se agazapó y, mirando fijamente al astro para afinar la puntería, dio un gran salto; pero no alcanzó la luna, sino que se vino de cabeza y se estrelló en el suelo contra una piedra.

El hombre llevó a su casa el pescado y el paují, y arrastró hasta ella también al tigre y la danta.

1. ¿Con quién se encontró el hombre cuando regresó del río?
2. ¿Qué hizo el hombre cuando vio al tigre, y éste qué le dice?
3. ¿Qué le hizo el tigre al paují?
4. ¿Qué le pregunta el tigre al hombre y qué le responde éste?
5. ¿Qué le hizo el tigre a la danta?
6. ¿Qué hizo el tigre en el río que atrajo a los peces, y qué le hizo a uno de ellos?
7. ¿Qué le ordena ejecutar el tigre a Pemón y con qué condición?
8. Después del hombre mirar la luna, ¿qué le dijo al tigre?
9. ¿Qué treta realizó el hombre cuando entró a la selva?
10. ¿Qué creyó después el tigre que tenía el hombre en su mano?
11. ¿Qué le dijo tigre a Pemón cuando éste comía casabe?
12. Después que el tigre se lamenta de que se haya acabado el casa-be, ¿qué le dice Pemón?
13. ¿Cómo le explicó el hombre al tigre que había alcanzado la luna?
14. ¿Apenas salió la luna, qué hizo el tigre?
15. ¿Cuáles fueron las acciones finales del tigre y del hombre?
16. ¿Cuántas y cuáles demostraciones de valor le hizo el tigre al hombre?
17. ¿Qué demostraciones de astucia le hizo el hombre al tigre?
18. ¿Qué relación encuentras tú entre la luna y el casabe?

LA ABEJA EN BUSCA DE CASA

Versión de Fray Cesáreo De Armellada C. Bentivenga de Napolitano

Una abeja se dio cuenta de que iba a ser madre y se fue al bosque en busca de casa para sus hijos.

Con el zumbido, que es su palabra, se fue de árbol en árbol saludándolos.

El día entero se lo pasó zumbando en torno a los árboles; pero ninguno le abrió la puerta ni le contestó con el acostumbrado ¿has venido?

Cuando ya se iba haciendo tarde, la abeja muy malhumorada dijo: ¿Qué les pasa?; ¿Por qué están así?, ¿acaso yo soy mala persona?; ¿acaso vengo a haceros daño?

Entonces uno de los árboles, no pudiendo contenerse, se rajó, abrió su boca y dijo: “No; tú no eres mala persona, tú no nos haces daño. Al contrario, tú nos pones dulzura en el corazón y música en nuestros oídos. Pero lo malo es lo que viene detrás de ti”.

¿Qué es lo que viene detrás de mí?, preguntó la abeja.

El árbol aquel abrió aún más su boca y le respondió: “Esto es lo que viene detrás de ti, que el indio oye el zumbido o arrullo de tus hijos, a la su hacha y viene y nos raja el vientre o nos corta por el pie para arrancarnos la miel del corazón”.

En esta conversación el árbol se fue rajando tanto, que la abeja se metió dentro. Allí pasó la noche y al otro día comenzó ya a fabricar la casa para sus hijos.

El árbol estaba contento y se olvidó de lo que había dicho. Y se alegraba más que todos los otros árboles por lo dulce que tenía su corazón y los arrullos de las abejitas.

Pero poco tiempo después un indio que vio la colmena, se fue a su casa, afiló el hacha y vino y mató el árbol cortándolo por su pie.

Lo cual quiere decir que no siempre ni a todos se les puede dar hospedaje, aunque sean buenas personas, y que es mejor callar que responder a los reproches.

LA PRIMERA TEJEDORA DE LA GUAJIRA

Versión de Fray Cesáreo De Armellada C.

En una ocasión un joven guajiro, hijo de un cacique muy rico, se encontró en su camino a una niña sucia y desarrapada. El joven se apiadó tanto de la niña, al verla tan sola y con los vestidos harapientos, que la llevó a su casa para que viviera con su familia.

Allí las hermanas del joven comenzaron a tratarla con desprecio a causa de su origen. El joven que la había encontrado, salía todos los días muy temprano a trabajar y volvía en la noche; lo cual aprovechaban las hermanas para dejar a la niña privada de comida durante el día. Sólo cuando él llegaba, podía comer la niña, ya que el joven compartía con ella sus alimentos.

Un día, al volver a su casa, halló que alguien había tejido para él un lindo chinchorro. Otro día halló una manta para silla de montar, el otro, una faja tejida. Como ninguna de sus hermanas conocía el tejido, además de que todo el día estaban ociosas por no conocer ningún oficio, el joven, excitada su curiosidad, se puso a investigar quién sería el autor de todas las cosas lindas que le habían regalado.

Una noche, al volver a su casa más temprano que de costumbre, halló una muchacha muy hermosa. Ella se hallaba de espaldas a él; y de su boca brotaban muchos hilos, que utilizaba luego para tejer.

Durante mucho tiempo la observó maravillado; y sintiéndose atraído por la belleza de la muchacha, se fue hacia ella para abrazarla. Cuando la muchacha notó su presencia, súbitamente se convirtió en la niña que él había recogido en el camino.

-Quiero que crezcas de nuevo y que te quedes así para siempre para que yo pueda comprarte y hacerte mi mujer -le dijo el joven.

-Yo no podría; tus hermanas me detestan porque soy pobre. Yo te he hecho todas esas cosas porque te quiero mucho, pero no podemos casarnos -le respondió la niña.

Toda la noche estuvo él suplicándole y diciéndole que quería que enseñara a tejer a sus hermanas, que eran hojas, para que así tuvieran un oficio. Al fin, ella accedió a que él la comprara. Y una vez que fue esposa de él, enseñó a tejer a sus cuñadas.

Esto se fue transmitiendo por toda la Guajira, hasta que, al fin, todas las mujeres aprendieron a tejer.

MITO DEL ALGODÓN

Versión de Fray Cesáreo De Armellada

Texo era un yanomami pequeño de estatura, pero ágil e inteligente. Mientras todos los demás dormían en un chinchorro de bejuco, él dormía en uno muy fino y suave de algodón. Los indios que lo visitaban no podían explicarse cómo hubiera podido confeccionarse un chinchorro tan precioso. Texo, entonces, acompañó a los curiosos visitantes a su conuco y les enseñó:

-Escoged una parcelita de terreno, lejos del plátano, de la yuca y de las otras plantas capaces de hacer morir a la del algodón. Invocad a Texoriwa (espíritu del colibrí), sembrad esta planta y tratad de conservar las semillas de las plantas viejas, si queréis tener plantas nuevas; cuando éstas hayan crecido bastante cortadle las puntas, así las ramas quedarán más fuertes. Entonces brotarán las ores y se formarán unos capullos, sacadles las motas blancas y ponedlas a secar al sol para que se pongan más blancas; luego quitad las semillas y abrid la mota, y todo estará listo para hilar.

Seguidamente, Texo les enseñó a hilar a las mujeres. Cogió una varita derecha y resistente y un pedazo de totuma y con eso les hizo ver cómo se hilaba el algodón.

Desde que Texo enseñó a los yanomamis a cultivar el algodón, él ya no lo siembra. Se surte recogéndolo en los plantíos de sus alumnos. Es que Texo se convirtió en colibrí, el cual, al hacer su nido, lo reviste de algodón.

LA TIENDA DE MUÑECOS

Julio Garmendia

No tengo suficiente filosofía para remontarme a las especulaciones elevadas del pensamiento. Esto explica mis asuntos banales, y por qué trato ahora de encerrar en breves líneas la historia, si así puede llamarse, de la vieja Tienda de Muñecos de mi abuelo, que después pasó a manos de mi padrino, y de las de éste a las mías. A mis ojos posee esta tienda el encanto de los recuerdos de familia y así como otros conservan los retratos de sus antepasados, a mí me basta, para acordarme de los míos, pasear la mirada por los estantes donde están alineados los viejos muñecos, con los cuales nunca jugué. Desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad. Mi abuelo, y después mi padrino, solían decir, re riéndose a ellos:

-¡Les debemos la vida!

No era posible que yo, que les amé entrañablemente a ambos, considerara con ligereza a aquellos a quienes debían el precioso don de la existencia.

Muerto mi abuelo, mi padrino tampoco me permitió jugar con los Muñecos, que permanecieron en los estantes de la tienda, clasificados en orden riguroso, sometidos a una estricta jerarquía, y sin que jamás pudieran codearse un instante los ejemplares de diferentes condiciones; ni los plebeyos Andairnes que tenían cuerda suficiente para caminar durante el espacio de un metro y medio en superficie plana, con los lujosos y aristocráticos muñecos de chistera y levita, que apenas si sabían levantar con mucha gracia la punta del pie elegantemente calzado. A unos y otros mi padrino no les dispensaba más trato que el indispensable para mantener la limpieza en los estantes donde estaban ahilerados. No se tomaba ninguna familiaridad ni se permitía la menor chanza con ellos. Había instaurado en la pequeña tienda un régimen que habría de entrar en decadencia cuando entrara yo en posesión del establecimiento, porque mi alma no tendría ya el mismo temple que la suya y se resentiría visiblemente de las hermosas ideas literarias que prosperaban en el ambiente de los nuevos días.

Por sobre todas las cosas, él imponía a los Muñecos el principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres establecidas desde antaño en la tienda. Juzgaba que era conveniente inspirarles temor y tratarlos con dureza a fin de evitar la confusión, el desorden, la anarquía, portadores de ruina, así en los humildes tenduchos como en los grandes imperios. Hallábase imbuido de aquellos erróneos principios en que se había educado y que procuró inculcarme por todos los medios: viendo en mi persona el heredero que le sucedería en el gobierno de la tienda, me enseñaba los austeros procederes de un hombre de mando. En cuanto a Heriberto, el mozo que desde tiempo atrás servía en el negocio, mi padrino le equiparaba a los peores Muñecos de cuerda y le trataba al igual que a los Maromeros de madera y los Payasos de serrín, muy en boga entonces. A su modo de ver, Heriberto no tenía más seso que los Muñecos en cuyo constante comercio había concluido por adquirir costumbres frívolas y afeminadas, y a tal punto subían en este particular sus escrúpulos, que desconfiaba de aquellos Muñecos que por una u otra causa iban a domicilio varias veces, llevados por Heriberto, sin ser vendidos en definitiva. A estos desdichados acababa por separarlos de los demás, sospechando tal vez que habían adquirido hábitos perniciosos en las manos de Heriberto...

Así transcurrieron largos años, hasta que yo vine a ser un hombre maduro y mi padrino un anciano idéntico al abuelo que conocí en mi niñez. Habitábamos aún la trastienda, donde apenas si con mucha dificultad podíamos movernos entre los Muñecos. Allí había nacido yo, que así, aunque hijo legítimo de honestos padres, podía considerarme fruto de amores de trastienda, como suelen ser los héroes de cuentos picarescos.

Un día mi padrino se sintió mal.

-Se me nublan los ojos -me dijo- y confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima de ellos.

-Me flaquean las piernas -continuó, tomándome afectuosamente la mano- y no puedo ya recorrer sin fatiga la corta distancia que te separa de los Bandidos. Por estos síntomas conozco que voy a morir, no me prometo muchas horas de vida y desde ahora heredas la Tienda de Muñecos.

Mi padrino pasó a hacer extensas recomendaciones acerca del negocio. Hizo luego una pausa durante la cual le vi pasear por la tienda y la trastienda su mirada ya próxima a extinguirse. Abarcaba así, sin duda, el vasto panorama del presente y el pasado, dentro de los estrechos muros tapizados de figurillas que hacían sus gestos acostumbrados y se mostraban en sus habituales posturas. De pronto, fijándose en los Soldados que ocupaban un compartimiento entero en los estantes, reflexionó:

-A estos guerreros les debemos largas horas de paz. Nos han dado prosperidad. Vender ejércitos es un negocio pingüe.

Yo insistía cerca de él a fin de que consintiera en llamar médicos que lo vieran. Pero se limitó a mostrarme una gran caja que había en un rincón.

-Encierra precisamente cantidad de Sabios, Profesores, Doctores y otras eminencias de cartón y profundidades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la oscuridad que les conviene. No cifres, pues, mayores esperanzas en la utilidad de estos Sabios. Son preferibles los Animales, y en especial te recomiendo a los Asnos, que en todo tiempo fueron ellos sostenes de nuestra casa.

Después de estas palabras mi padrino se sintió peor todavía y me hizo traer a toda prisa un sacerdote y dos Religiosas. Alargando el brazo los tomé en el estante vecino al lecho.

-Hace ya tiempo -dijo, palpándolos con suavidad-, hace ya tiempo que conservo aquí estos muñecos, que difícilmente se venden. Puedes ofrecerlos con el diez por ciento de descuento, lo cual equivaldría a los diezmos en lo tocante a los curas. En cuanto a las Religiosas, hazte el cargo que es una limosna que les das.

En este momento mi padrino fue interrumpido por el llanto de Heriberto, que se hallaba en un rincón de la trastienda, la cabeza cogida entre las manos, y no podía escuchar sin pena los últimos acentos del dueño de la Tienda de Muñecos.

-Heriberto -dijo éste dirigiéndose a él-, no tengo más que repetirte lo que tantas veces antes ya te he dicho: que no atiples la voz ni manosees los Muñecos.

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más altos y más destemplados.

Sin duda, esta contrariedad apresuró el n de mi padrino, que expiró poco después de pronunciar aquellas palabras. Cerré piadosamente sus ojos y enjuagué en silencio una lágrima. Me mortificaba, sin embargo, que Heriberto diera mayores muestras de dolor que yo. Sollozaba ahogado en llanto, mesábase los cabellos, corría desolado de uno a otro extremo de la trastienda. Al n me estrechó en sus brazos:

-¡Estamos solos! ¡Estamos solos! -gritó.

Me desasí de él sin violencia, y señalándole con el dedo el Sacerdote, el feo Doctor, las blancas Enfermeras, Muñecos en desorden junto a lecho, le hice señas de que los pusiera otra vez en sus puestos...

EL DIENTE ROTO

Pedro Emilio Coll

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tórnese en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis, mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto - sin pensar.

El niño no está bien, Pablo – decía la madre al marido -; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mo etes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

Señora, –terminó por decir el sabio después de un largo examen-, la santidad de mi profesión me impone a declarar a usted...

—¿Qué, señor doctor de mi alma? – interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible – continuó con voz misteriosa -, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto – sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del “niño prodigio” y su fama aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etcétera

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto – sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y “profundo”, y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto – sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

LA I LATINA

José Rafael Pocaterra

1

¡No, no era posible! Andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardilla.

—¡Nada!, ¡nada! - dijo mi abuelita- A ponerlo en la escuela

Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dio a buscarme una maestra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente. Y una tarde al entrar en la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas guras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave dulzura de sus ojos azules:

—¡Mañana, hijito, casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas! ...

Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la casa, mostré a los sirvientes mi bulto nuevo, mi pizarra amante, mi libro todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas. Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotos forrados de piel que dejó mi tío el que fue abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.

Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de ir a la escuela.

2

¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras. Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequera de vidrio que ngía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismos sitios desde el comienzo de los siglos.

Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas, iba cantando la marcha de las horas. Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierra húmeda, me evocaba ribazos del río o rocas avanzadas sobre las olas del mar.

Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome solo e infeliz entre aquellos niños extraños que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.

Aquella mañana de “niño nuevo” me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia... Así que en la tarde, al volver para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

3

Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas feúcas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, orejudo, con un pañuelo y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y Martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba. Sé que murió porque una tarde dejó de ir, y dos semanas después no hubo escuela.

La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho que hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna era.

— ¡Sigue! ¡Sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!

Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro... Ese día, con más angustia que nunca veíamos entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó gris verdegay.

Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a los otros por debajo del Mandevil.

— ¡Los voy a acusar con la Señorita!- protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.

— La Señorita y tú... - y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.

Ese era día de estar alguno en la sala de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.

— Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? - me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.

— ¡Porque yo soy un hombre como el señor Ramón María!

Y contestaba confusa, a mi atrevimiento:

— Eso lo dice él cuando está “enfermo”.

4

A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:

— ¡Señorita, aquí “el niño nuevo” me echó tinta en un ojo! — Señorita, que “el niño nuevo” me está buscando pleito.

A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:

— ¡Aquí...!

Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi transparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo distinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas - y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba “enfermo” de la calle - ; la O, al señor Gordo - pensaba en el papá de Totón - ; la Y griega, una horqueta - como la de la china que tenía oculta-; la I latina - la mujer flaca - Y se me ocurría de un modo irremediable la gura alta y desmirriada de la Señorita...Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la G, el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.

—Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta-¡como siempre!-me denunció:

— ¡Señorita, “el niño nuevo” dice que usted es la I latina!

Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca de sus labios descoloridos:

— ¡Sí la I latina es la más desgraciada de las letras... puede ser!

Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar; desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

5

Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró mas “enfermo” que de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes. Cuando ella fue a tomarle el brazo, recibió un empujón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero; echamos a reír, y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza... Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:

—Miren, miren: ¡le sacó sangre!

Quedamos de pronto muy serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos.

Yo lo referí en casa y me prohibieron, severamente, que lo repitiese. Pero días después, visitando la escuela el señor inspector, un viejito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sien vendada:

—¿Como que sufrió algún golpe, hija?

—Vivamente, con un rumor débil como la llama de una vela, repuso azorada:

—No, señor, que me tropecé.

—Mentira, señor inspector, mentira - protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo - fue su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así... contra la pared... -y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.

—Sí, niño, si ya sé...- masculló trastumbándose. Dijo algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó.

Ella me llevó consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternas que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

6

Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa. Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba “en chirona”, según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita, que cuando esta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca flor o las tretas renovadas y frescas que le jugaba tío Conejo a tío Tigre.

Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraía en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.

Al regreso, pálida, fatigada, quejábase la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios con la mirada perdida en una niebla de lágrimas... después hacía un gesto brusco, abría el libro en sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:

Vamos, niños: “Jorge tenía un hacha...”

7

Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos...

— No sé de quién hablaban.

8

La Señorita murió esta mañana a las seis...

9

Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: en la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso: el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinos rezando. En un rincón estamos todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tiene los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha, blanca y larguísima que es como la Señorita y donde está ella metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo la I, la I latina precisamente.

A ratos, el señor Ramón María, que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su cuarto y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.

De tiempo en tiempo se suena y dice en voz alta:

— ¡Está como dormida!

10

Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud. Pero la idea de la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:

— ¿Sufre también ahora?

—No -responde, comprendiendo de quien le hablo- ¡la Señorita no sufre ahora!

Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:

—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!

TRES HÉROES

José Martí

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el

gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama, que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medios desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego

en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y echas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó El Despertador Americano. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con echas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darle los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él; y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fue el libertador del sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailen, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una gura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantes fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la

ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

Las dos Chelitas
Julio Garmendia

Chelita tiene un conejito; pero Chelita la de enfrente tiene un sapo. Además de su conejito, tiene Chelita una gata, dos perros, una perica y tres palomas blancas en una casita de madera pintada de verde. Pero no ha podido ponerse en un sapo, en un sapo como el de

Chelita la de enfrente, y su dicha no es completa.

—Chelita —le dice—, ¡te cambio tu sapo por la campana de plata con la cinta azul!

Pero no, Chelita la de enfrente no cambia su sapo por la campana de plata con la cinta azul... no lo cambia por nada, por nada en el mundo. Está contenta de tenerlo, de que se hable de él —y de ella, por supuesto—, y de que Pablo el jardinero diga, muy naturalmente, cuando viene a cortar la grama:

—Debajo de los capachos está durmiendo el sapo de la niña Chelita.

Cuando empieza a anochecer, sale el sapo de entre los capachos, o del húmedo rincón de los helechos; salta por entre la cerca y se va a pasear por la acera. Chelita lo ve, y tiembla de miedo, no lo vaya a estropear un automóvil, o lo muerda un perro, o lo arañe la gata de la otra Chelita. Tener un sapo propio es algo difícil, y que complica extraordinariamente la vida; no es lo mismo que tener un perro, un gato o un loro. Tampoco puede usted encerrarlo, porque ya entonces el sapo no se sentiría feliz, y esto querría decir que usted no lo ama.

Agazapada en su jardín, detrás de la empalizada, Chelita la de acá, mira, también, con angustia, mientras el sapo da saltos por la calle; y exclama, profundamente asombrada:

—¡Qué raro! No puede correr, ni volar... ¡Pobrecito el sapo!

Y se estremece cada vez que se acerca un automóvil, o si pasa un perro de regreso a su casa para la hora de la cena, o si brillan, de repente, unos ojos de gata entre las sombras. Al mismo tiempo, piensa, compara... Ella tiene tantos animales —además de su muñeca Gisela—, y nadie habla nunca de eso. En cambio, Chelita la de enfrente, no tiene más que un sapo, uno solo, y todo el mundo lo re ere, lo ríe y lo celebra. Esto no le gusta mucho a Chelita la de acá, que se siente disminuida a sus propios ojos.

—Chelita —dice—, ¡además de la campana con la cinta azul, te voy a dar otra cosa! ¡Mira! Las palomas están haciendo nido, llevan ramas secas a la casita; te doy también los pichones cuando nazcan... ¡No!, cuando ya estén grandes y coman solos...

—No —contesta sin vacilar Chelita la de allá—; no lo cambio por nada; es lo único que tengo. A papá no le gustan los animales— añade, dirigiendo una mirada al vasto y desierto jardín de su casa— y el sapo, él no lo ve nunca; es lo único que puedo tener yo, y no lo cambio por nada. ¡Por nada!

—¿Y si te doy también a Gisela con todos sus vestidos, el rosado, el oreado, el de terciopelo? —insiste Chelita.

—Ya te he dicho que no —responde in exible Chelita la de enfrente.

—¿Y si te doy también a Coco? —pregunta, estremeciéndose de su propia audacia, Chelita la de acá.

—Tampoco.

—¿Y si te doy también a Pelusa?

—¡Tampoco!

—¿Y a Rey? ¿Y a Ernestina? ¿Y las palomas en su casita? —dice Chelita en un frenesí. —¡Tampoco! ¡Tampoco!

—¡Tonta! —le dice entonces Chelita la de acá—. ¿Crees tú que te voy a dar todo eso por un sapo?

—No me lo des, yo no te lo estoy pidiendo; ya te he dicho que por nada cambio mi sapo. ¡Aunque me des lo que sea!

Y así están las cosas. Si el sapo tuviera sapitos, Chelita la de enfrente, de seguro, le daría uno, o dos, o tres, a Chelita; pero ¿quién va a saberlo? La vida de los sapos es extraña, nadie sabe lo que hacen ni lo que no hacen. No son como las palomas, por ejemplo, que todo el mundo sabe cuándo hacen su nido, y cuántos huevos ponen, y cómo dan de comer a sus hijitos, y lo que quieren, lo que hacen y lo que dicen. ¿Pero quién sabe nada de los sapos de su propio jardín? Apenas si alguna vez, de noche, después que ha llovido mucho o que han regado copiosamente las matas, se oye... pla... pla... pla... es el sapo... es el sapo que anda por ahí, y eso es todo.

A comienzos de la estación lluviosa, el mismo día en que el cielo se nubló y cayeron gruesas gotas, una tarde gris, Chelita se nos fue, Chelita la de acá... Era una débil niña; la rodeábamos de tantos animales, porque la atraían profundamente; quizás, también, por eso mismo —sin darnos cuenta apenas—, por ver si lograban ellos retenerla... hacernos el milagro de atarla a las criaturas; a los juegos; a la luz; al aire y a sus nubes; a la hierba y su verdor... ¡A la vida!

Hoy fuimos nuevamente a visitarla en el pequeño jardín cuadrado en donde duerme. Oculto entre el helecho y los capachos, entre las coquetas, las cayenas y las begonias, que ya forman, todos juntos, un húmedo bosquecito enmarañado... oculto ahí, en la sombra y la humedad, vimos un sapo...

Era Chelita —Chelita la de enfrente— que se lo había llevado a Chelita, y se lo había puesto allí.

...Y Chelita la de enfrente tiene ahora en su casa un conejito, una gata, dos perros, una perica y cinco o seis palomas blancas en una casita de madera pintada de verde. Y Chelita la de acá... Pero, ¿qué digo?... ¡la de mucho, mucho más allá!... tiene ahora un misterioso amigo, entre el helecho y los capachos, en el húmedo bosquecito enmarañado en donde duerme... Un misterioso amigo que sale a andar y a croar cerca de ella, a la hora en que comienza a oscurecer... Un misterioso y raro amigo...

¿Con cuál de los dos personajes te identificas tú y por qué?